

Lauros de inmarchita gloria
En sus tumbas coloquemos,
Y sus hechos consignemos
En el libro de la historia:
Seanos grata la memoria
De los que no han titubeado
En atacar al osado;
Y con noble emulacion
Por su patria y religion
Su vida han sacrificado.

¡Gloria y honor sempiterno
A su valor y adhesion!
¡Viva pues la religion!
¡Viva el supremo gobierno!
¡Méxicanos! que sea eterno
En nuestra alma y corazon,
El recuerdo sin lesion
Del que la muerte ha buscado,
Ó su sangre ha derramado,
Defendiendo á la Nacion!

Unámonos Méxicanos
Cesen las discusiones,
Y huyamos las ocasiones
De verter sangre de hermanos.
Seamos ya cuerdos y humanos,
Fijemos nuestra atencion
En vivir con mutua union
Los rencores olvidemos
Y lealmente proclamemos,
¡Que viva la religion!

No mas sangre, no mas duelo:
No mas bandos encontrados....
Y nuestros yerros pasados
Cubra del olvido el velo
Ya no llenemos el suelo
De llanto y desolacion:
Profesemos adhesion
A nuestras instituciones
Y en todos los corazones
¡Que viva la religion!

Procurémos que progrese
Nuestra patria desgraciada,
Y con la calma deseada
Nuestra desventura cese.
El comercio que enaltece
Y hace fuerte á una nacion,
Pierda toda sugesion;
La agricultura apoyemos
Y ante todo, procuremos
¡Que viva la religion!

En fin, vivamos unidos,
Y de este modo obtendremos
El lugar que merecemos
Entre países bien regidos,
Nuestros esfuerzos reunidos,
No lleven otra intencion
Que el bien de nuestra nacion
Y ser nuestro objeto eterno,
Que viva nuestro Gobierno
Y viva la religion!

Antonino Salilaña.

GUANAJUATO 1858.—TIP. DE PANTOJA O. DE ALONSO N. 120.

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR

EL CIUDADANO JOSÉ MARÍA RIVERA,

LA PALZA DEL RECREO

DE QUERETARO,

EL 16 DE SETIEMBRE DE 1859.

QUERETARO.

Imprenta del gobierno dirigida por
A. Escandon.

1859.

REMITO á V. S. la Oracion Cívica que tuve la honra de pronunciar el dia 16 de Setiembre prócsimo pasado, y la cual se ha servido pedirme, en su atenta nota de la citada fecha, á nombre de la ilustrada Junta Patriótica y su digno Presidente.

No era mi intento dar publicidad á aquella pieza, porque si es cierto que obtuvo un éxito inesperado para mí, tambien lo es que este se debió no al ningun mérito de ella, sino á la bondad de mis conciudadanos, y á la pública y generosa distincion que hizo de mi humilde persona S. S.^a el Sr. Gobernador del Departamento.

En fin, pronto va el público á juzgar detenidamente mi citada alocucion, y puede V. S. creer que si deseo conserve la acogida que obtuvo en la tribuna, es porque la honra que de ello resulte sea para la ilustrada Junta que me sacó de la oscuridad, para hacerme saborear un triunfo que cedo gustoso á esta bella ciudad en que vi la luz primera.

Con tal motivo me es grato y honroso manifestar á V. S. mi aprecio y respetuosa consideracion.

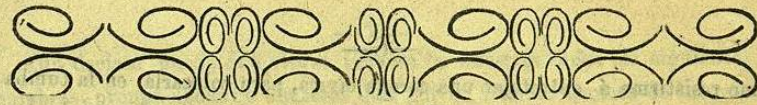
Dios y Libertad.— Querétaro, Setiembre 18 de 1859.

José María Piñera.

Sr. Secretario de la Junta Patriótica de esta Ciudad.



FONDO
FERNANDO DE RAMIREZ



Non nobis sed reipublicæ nati sumus.

No hemos nacido para nosotros sino para
la República.

CICERON.

CONCIUDADANOS:

UN acto bondadoso de la respetable Junta Patriótica de esta ciudad, me ha concedido la honra inesperada de dirijiros la palabra en este día. Mi alma conmovida conoce la magnitud de aquella distincion. Me envanece el placer de hablar á un pueblo independiente, y casi se despierta mi orgullo al verme elegido para tributar una ovacion, un homenaje á los ilustres mártires de nuestra gloriosa independenciam.

Empero la reflexion acalla mi vanidad. Enmudece mi orgullo, sofocando por el grito de la conciencia que tengo de mi mismo, y entónces me veo indigno de hallarme al frente de vosotros, usurpando un puesto, consagrado esclusivamente á la inteligencia enaltecida y al talento. Considero entónces mi pequeñez, mi oscuridad, el humilde círculo de mis relaciones sociales, mi ineptitud en suma, y me sonrojo, y tiemblo, y me anado, al ver que no siendo un Atlante, he consentido en soportar sobre mi cuello á todo un mundo!

Mas ¿cómo negar mi voz desapacible y lánguida, mis pobres pensamientos? ¿Cómo rehusarme á ser intérprete del sentimiento que hoy se alberga en vuestras almas y reina en vuestros corazones por entero? ¡O6.

mo resistirme á entretener una corona cívica, para colocarla en la tumba gloriosa de nuestros heroes? Hijo idólatra de mi patria, siempre ha habido en mis labios un cántico para ella. Siempre ha palpitado en mi corazón un voto de ternura por su prosperidad, sus glorias, su grandeza.

Héme aquí, pues, entre vosotros, en este sitio, donde nos ha reunido, no el entusiasmo de una afección bastarda; no la discusión de un programa político; no el grito de un club revolucionario; tampoco un alarido de guerra; sino el grato recuerdo de un hermoso día; la solemnidad de una fiesta nacional.

Hoy la idea política ha sellado sus labios y es solamente la voz del corazón la que resuena. De otra suerte mi presencia sería profana en este sitio, y hé aquí lo que abate en parte mis temores, reanima mi desaliento y da pábulo á mi confianza.

Grande y noble es el fin que á aquí me ha conducido: grande é ilustrado el pueblo que me escucha; grande su justicia, recto su fallo é inmensa su bondad. Invoco por lo mismo su clemencia; ese generoso sentimiento que otros muchos piden por modestia, y que yo por necesidad imploro. No esperéis de mí, conciudadanos, un discurso formado conforme á los preceptos de la retórica. Méenos todavía esperéis ver brotar de mis labios aquellas sabias concepciones, aquellos luminosos pensamientos, que tanto influyen en la suerte futura de los hombres. Jamás la encina ha producido dulces frutos ni gallardas flores; pero en cambio su follaje inofensivo, sin espinas, ni se levanta altivo y orgulloso, ni destila mortífero veneno.

Tal he sido y será en este momento solemne. Van á hablaros unos labios que cuanto más humildes son, son más sinceros. Se dirige á vosotros un corazón que tributando siempre á la verdad digno homenaje, hoy más que nunca quemará incienso en los altares de esta, y franco y leal llenará en lo posible el fin patriótico que se propuso la respetable Junta, al designarle como ministro, para que tributara un holocausto, en el aniversario de aquel gran día, en que por primera vez resonó en México el grito de Libertad é Independencia; grito terrible, lanzado en 1810, en el pequeño pueblo de Dolores.

¡Mexicanos! Ayudadme con vuestra atención; dadme aliento con vuestra bondad, y no olvidéis que entre vuestra ilustración y la humildad de mi inteligencia, se interpone el recuerdo glorioso, la conmemoración sublime, á que está consagrada mi pobre alocución.

Aun decirse puede que vibran todavía en nuestros oídos las siguientes palabras, pronunciadas en nuestros días por un literato francés de los más célebres: "*Cuando Dios ha querido incendiar al mundo, con una nueva idea, la ha colocado siempre en el cerebro de un francés.*"

Semejante frase, digna hija del orgullo nacional, pronunciada por uno de los ingenios más esclarecidos de la Francia, y acogida por todo el orbe literario, es una demostración palpante, de que bien puede enunciarse una gran verdad, sin que la perjudique en nada el pomposo aparato de la hiperbole. Nunca, pues, podrá haber exageración demasiada, al relatar una verdad gloriosa.

Para encarecer las acciones magnánimas, los hechos heroicos, no es bastante el frío lenguaje de la historia profana. Era necesario emplear la sencillez sublime, la natural y admirable elocuencia del caudillo electo por Dios para libertar al pueblo de Israel. Mas ya que no nos es posible obtener la inspiración del escritor sagrado, copiemos al menos á Lamartine, esclamando á semejanza de él: "*Cuando Dios quiso mostrar al mundo al héroe de los heroes, tendió su brazo poderoso á México mi patria, y le tomó del pueblo de Dolores.*"

En efecto, señores: mirad á Hidalgo; á ese párroco humilde, designado por la libertad para tomar una forma positiva, material; para encarnarse en él, por decirlo así, y nacer espléndida y luciente el 16 de Setiembre de 1810.

Mirad á Hidalgo débil, sencillo y sin aspiraciones. Miradle: no reside en el centro de una corte populosa, sino en un pueblo miserable. No cuenta con el auxilio de grandes personajes, ni menos con el de guerreros de renombre y fama. Desconocido, ignorado en el mundo político; sin antecedentes gloriosos; sin el aura popular que acompaña á los genios colosales que de siglo en siglo abortan las naciones; colocado entre un pueblo envilecido, ignorante, supersticioso y sojuzgado por centenares de años, Hidalgo, sin embargo, en medio de tan desfavorables elementos, se preparaba á derribar un trono poderoso, al cual servían de sustentáculo la ignorancia del vasallo, los intereses del magnate, la habitual indolencia del *criollo*, la suspicacia del juez, la fuerza física disciplinada y aguerrida, la fuerza moral bien arraigada, el ojo de buitre de la policía, la alarma general de las conciencias, la delación convertida en dogma de fé, la picota en fin, y el hacha, y la soga del verdugo!

Por el contrario, Hidalgo es un humilde cura de almas, y tiene aun por enemigo de su grande empresa, ese mismo carácter sacerdotal que le im-

pide ostentar la energía, la decision, la arrogancia é imponente altivez de los guerreros. Blancos ya sus cabellos, encorbado su cuerpo al peso de los años, mas parece un moribundo anciano que busca en la tierra sitio para dormir su último sueño, y no un heroe que mira hácia los cielos para remontarse á ellos, y reinar desde allí en la memoria de la posteridad.

Su mano es trémula, y pretende atrevida destrozár un reino. Sus músculos están lácsos, é intentan arrojar un trono al otro lado de los mares. En sus venas no circula ya el vigor de la juventud, y piensa en darle sér y vida á todo un pueblo....!

¿Quién es este hombre? hubiera preguntado la raza descreída de nuestros dias. A vosotros mismos, señores, no os parece que tal denuedo, resolución tan heróica, tan gigantesca idea brotada del cerebro de un anciano, mas bien parece la invención ingeniosa de una fábula, para llenar una epopeya, digna de las lirás inmortales de Milton y de Homero?

¿Con qué contaba, pues, ese varón extraordinario, para dar cima á tan audaz empresa? ¿Por quién era protegido? ¿De dónde esperaba auxilio?

¿Gran Dios! El primer caudillo de nuestra independencia no tenia otro aliado que la justicia de su causa, de la cual se habia hecho un símbolo de fé. Le alentaba solo la conciencia del bien inmenso que iba á hacer, al redimir á todo un pueblo subyugado. Le vigorizaba la idea consoladora de poner al despotismo en fuga vergonzosa, al presentarse la libertad sin las cadenas, que por espacio de trescientos años la tuvieron aherrojada en horribles mazmorras, construidas por la crueldad de la metrópoli. Le daba aliento y vida la llama ardiente del patriotismo, que ardía perenne en su pecho, cual en otros tiempos el fuego sacro, mantenido constantemente por las Vestales de Roma.

Hidalgo, en suma, muy léjos de esperar; ageno de pedir, por el contrario, se habia propuesto dar su alma entera á la libertad, y su cuerpo á los suplicios....!

Nunca, no, sobre tan frágiles cimientos se ha levantado el renombre y gloria de otros heroes. Vengan en nuestro auxilio los recursos históricos.

La gloria de Alejandro el Grande se formó sobre un trono hereditario; el de Filipo.

El gran Pompeyo sustentó la suya en las legiones romanas del dictador perpetuo, Lucio Scila.

La de César buscó apoyo en el mismo Pompeyo y el opulento Crespo.

El derecho eleva á Pedro el Grande al trono de los Czares, y ya en aquella altura fácil le fué escalar el templo de la fama.

La audacia de Oliverio Cromwell, protegida por el parlamento inglés, le convirtió en protector de la Inglaterra, poniéndole de peldaños, para que subiese al regio solio, las cabezas de Strafford, del arzobispo de Cantorbery y del rey Carlos I. °

En suma, la ambición de Cortés, reforzada por la flota de Velazquez, la traición del Tlaxcalteca y la debilidad de Moctezuma, llegó á cimentar un nuevo trono conquistando un nuevo mundo. Empero la obra del valiente y audaz conquistador, afianzada por su guantelete de hierro, comprimida por su armadura de batalla, enraizada por el ardiente celo del misionero apostólico, y velada y protegida por el arrogante león de España, se estremece y vacila á la voz de un anciano, que mira en torno suyo, no al Mecenas opulento; no á las legiones romanas de Scila, César y Pompeyo; no la decision de un parlamento; tampoco el prestigio que emana de una real prosapia; ménos aun el esplendor de una corona hereditaria; mira, sí, solamente á tres hombres como él, humildes, oscuros y virtuosos; tres patriotas como él, justos, nobles y denodados; tres invictos heroes; tres futuros mártires de la libertad, Allende, Aldama y Abasolo.

Tal, mexicanos, es como considero al primer caudillo de nuestra emancipación gloriosa; así es como le venerais vosotros; así tambien le reverenciará la futura historia!

Hidalgo, intrépido cual Milciades, justo como Arístides, prudente cual Temístocles, fué el varón esforzado, escogido por Dios, único árbitro del destino de los pueblos, para que encendiese la antorcha refulgente del patriotismo, y á su luz nos mostrase el sendero que debia conducirnos hácia la libertad é independencia. Fué el primero, cuyo aliento, salvando la inmensidad de los mares, llegó á España, convertido en torbellino, é hizo ajitar á toda la península.

Nada, pues, falta á su gloria. Durante su vida fué grande, entusiasta, generoso; y al morir ocupó el cadalso.... "Ese trono de los heroes!" Todavía mas: para los genios, dice Victor Hugo, solo hay un lugar sobre la tierra, que goce del derecho de asilo.... ¡la tumba! Mas para Hidalgo no existe tan siquiera tan terrible y pavoroso asilo. La envidia y el despecho violaron la gloriosa tumba de nuestro heroe. Su aliento emponzoñado quiso empañar el nombre esclarecido de la ilustre víctima, desgarrando tambien con torpe mano la mas lucida página de la historia mexicana....!

¡Gran Dios! Estremece el recordarlo, duélenos el decirlo; pero nuestra ingratitud hacia los bizarros campeones que nos dieron patria, ha sido el cruel castigo que México resiente, al verse destrozado por la furia infernal que alienta la discordia.

La memoria de Hidalgo y otros héroes, escarnecida en la historia de un contemporáneo, y en los papeles públicos; la sangre de Iturbide derramada en Padilla por los mismos á quienes hizo libres: la del inmortal Guerrero vendida en Acapulco al farisaico Picaluga: el funesto abuso que hemos hecho del magnífico don que nuestros padres nos legaron, comprado con sus mismas vidas: la criminal inteligencia de los que han tenido la palabra *libertad* por sinónimo de prostitución y pillage, de espoliación y escándalo; todo esto y mucho más que el rubor contiene entre mis labios, nos ha presentado ante la civilización del mundo, no con el ropaje honroso del ateniense y el espartano, sino con el saco del demente y la argolla del esclavo indigno de ser libre, y de substraerse al látigo de su amo...!

¡Pueblo sin fé! Porque no tenemos hoy la que alumbraba á Hidalgo en su camino de gloria, para alcanzar un gran bien.

¡Pueblo sin creencias! Porque no hemos visto, como Hidalgo, la certidumbre de asegurar un dichoso término, representado en el centro de su pabellon azul y blanco, por la efigie consoladora de la Santa Madre de Dios.

¡Pueblo sin patriotismo! Porque pisoteado nuestro pabellon por el calzado brusco y claveteado del Norte, hoy se presume ver un astro de esperanza, que brilla sobre el capitolio de Washington.

¡Pueblo sin gratitud! Porque para solemnizar el gran día que hoy nos alumbraba, y tributar un mezquino homenaje á las santas víctimas de nuestra independencia, es necesario empuñar el platillo del pordiosero, poner en juego los recursos plañideros del mendigo, y llamar á las puertas, para obtener una limosna miserable, en cambio de la patria que nos dieron los varones magnánimos de Iguala y de Dolores....!

¡Ilustres mártires de nuestra libertad! ¡Héroes invictos de mi patria! ¡Abandonad por un momento vuestras tumbas! ¡Venid á la luz del día, ¡venid! no á demandar la injuria atroz que se hizo á vuestro noble y cruento sacrificio, ni menos á pedir cuenta de vuestra sangre derramada por manos parricidas! ¡Levantad vuestra noble voz! ¡Dejad la investidura del padre tierno, y vestid el ropaje del juez severo, que residencia y juzga á todo un pueblo....!

Preguntad á ese pueblo qué ha hecho de la preciosa herencia que le legasteis.

Preguntad al hermano lo que hizo de su hermano, así como Dios preguntó á Cain por su hermano Abel.

Preguntad cuáles han sido los frutos que produjo vuestra sangre vertida en el patíbulo.

Preguntad dónde se halla el magestuoso pabellon de Iguala.

Pedid cuenta de la sangre vertida en mil y mil combates fratricidas; de esa sangre cuyas gotas sembradas en los campos de batalla, en otros tiempos producian laureles!

Inquirid dónde se encuentra el manto regio, la púrpura imperial que engalanó á mi patria, cuando la hicisteis señora y reina de sí misma.

¡Preguntad! ¡Inquirid! y vereis entonces con asombro que la guerra con "*su voz de trueno y su aliento de metralla,*" recorre nuestros campos y ciudades.

Vereis que ya no es el Sol magnífico de Iguala y de Dolores el que ilumina nuestra patria....! Es el siniestro fulgor de cien cañones el que refleja y brilla sobre escombros!

Vereis que de la sangre regada en las campiñas, ya no germinan palmas y laureles, sino abrojos punzadores, que desgarran el pecho del infeliz Anáhuac.

Vereis el manto regio hecho girones por el plomo y el hierro parricidas, y á nuestra madre patria próxima tal vez á perder la diadema, para encontrar en cambio la marea y el collar del siervo envilecido!

Vereis, en suma, que el hermoso pabellon tricolor que nos legasteis, os sirvió de sudario, quedando sepultado con vosotros en la misma tumba....!!

Y al tender vuestra mirada triste sobre el vasto y risueño territorio que arrancásteis de las garras del tirano, vereis que donde vuestra fé y ternura pretendieron plantar la dicha, la paz y la concordia, allí ha brotado el llanto; allí la ingratitud, allí la espoliación, allí el egoismo, allí la ambición desenfrenada, allí la guerra de esterminio, allí la esclavitud, allí la muerte con todos sus horrores....!

¡Mirad! Las fuentes de riqueza nacional están cegadas por el residuo del cartucho quemado en los combates! Las coronas de laurel y mirto que adornan vuestras tumbas, se miran salpicadas de sangre mexicana! Vuestros hijos no habitan ya las márgenes del Gila y Colorado, del Bravo y del Sabina, cuyas riberas se ven pobladas de rapaces buitres. La li